

UNO EN UN MILLÓN

Por Carola Spalding Colburn

-¡Mamá, mamá! -exclama una aguda voz infantil desde los escalones del porche de atrás- Mamá, mamá, lávame la cara.

La esposa del misionero está muy ocupada y apenas nota el pedido. Pero el niño no se desanima tan fácilmente.

"Mamá, mamá", continúa la voz.

La esposa del misionero por fin deja el lápiz, se levanta de su asiento junto a la mesa, donde estaba corrigiendo unas pruebas escritas de idioma, y va a la puerta.

"Mamá -vuelve a rogar la vocecita- Mamá, quiero lavarme la cara". La misionera mira atentamente por un momento la carita oscura. Algo de esa suciedad no va a quitarse ni aun con agua caliente y jabón; ella lo sabe por experiencia.

-Muy bien, Ah Leung; entra. Realmente necesitas lavarte la cara,

Entonces le sonrío al niño harapiento, quien, imitando a sus dos hijitos, la llama "mamá".

"Estás aprendiendo qué lindo es sentirse con la cara y las manos limpias, ¿no es cierto, Ah Leung?"

El niño asiente alegremente con un movimiento de cabeza.

Ah Leung vive cerca del camino, a corta distancia del portón de entrada a la escuela de la misión. Le sirve de hogar una piecita con olor a encerrado dentro de un viejo templo en desuso. En su piecita de unos ocho pies cuadrados, Ah Leung, su madre, y dos hermanitos duermen, comen y viven. Sobre la plataforma de madera hay varias frazadas harapientas con las cuales los cuatro procuran calentarse durante las frías noches de invierno. Generalmente Ah Leung se acuesta con todas las ropas que tiene puestas. A veces hasta se acuesta con el saco cuando hace mucho frío y llueve, y eso ocurre muy a menudo en los inviernos de Formosa. Pero tiritita tanto, que casi no puede dormirse.

Todas las mañanas la mamá de Ah Leung se levanta muy temprano, cerca del primer canto del gallo que está en el patio del templo. Apresuradamente enciende un fuego y pone a cocinar el arroz. Ese arroz será el desayuno para Ah Leung y sus hermanos. Más tarde, con algunas verduras arriba, será el almuerzo y también la cena.

Siendo aún muy temprano, la mamá deja solos a sus tres muchachitos y sale a lavar las ropas para algunos vecinos más prósperos. Así puede ganar 40 ó 50 centavos cada mañana. Los muchachos juegan en el patio o vagan por el mercado, y los sábados de mañana entran en la misión para asistir a la escuela sabática.

De manera que no es extraño que a Ah Leung le guste venir a la casa de la misión para que le laven la cara. Generalmente, después de que tiene la cara y las manos limpias, la misionera le da una banana (plátano) o una galletita. Entonces, de vez en cuando, la misionera le da una banana extra para compartirla con sus hermanitos en la casa. Ellos no prueban muy a menudo esa fruta.

Ah Leung no es más que un niño de un millón en Formosa, que necesitan que alguien los ame y los cuide. Si tan sólo pudieran saber que Jesús los ama y los protege ¡cuánto más felices podrían sentirse!

(Donde vives también hay niños que no conocen a Jesús y tú tienes que hablarles de Él)